

No hay duda de que un relámpago de nocturna tempestad haga palidecer la mejor iluminación eléctrica. Pero la vida normal de la sociedad sólo puede desenvolverse por virtud de esas luces —muchas y discretas— que de manera estable, continua y garantizada nos proporcionan los centenares de voltios de nuestras instalaciones de luz.

Actos heroicos son, en su orden, relámpagos —descargas de centenares de millares de voltios espirituales—; y frecuentemente son los actos heroicos cual relámpago-rayo-trueno que por igual —los materiales y los espirituales— no arreglan el mundo; casi siempre lo parten, cual mal rayo.

A mitad del siglo XVIII Franklin inventa el pararrayos. Y desde entonces, vuélvese inofensivo el rayo y se le acabó a Júpiter, por industria humana, su poder. Pero todavía falta por inventar la manera o truco técnicos de aprovechar el descomunal voltaje del rayo. Todo llegará.

Lo que, por ahora, no ha conseguido la inventiva material humana respecto del rayo, lo ha alcanzado, a veces, en el orden espiritual.

Relámpago-rayo-trueno fi e la cultura griega; tempestad espiritual, descomunalmente deslumbrante; sus obras o en materialización en escultura, dramas, diálogos... continúan, todavía, transmitiéndonos el potencial de luz del chispazo original —en las tinieblas del mundo en aquellos tiempos.

Relámpago-rayo-trueno fueron la vida, palabras y obras de Cristo. Pararrayos, en plural variado, ha tenido; e iglesias dispositivos inventados y eficaces son para continuar transmitiéndonos su espiritual voltaje, y transformárnoslo en luz cotidiana de verdades y preceptos.

Pero, siempre, la deslumbrante realidad de tales acontecimientos ha dado paso —por intermedio de normales inventos, cuidados y cultivados— a un curso normal —no deslumbrante ya ni ensordecedor, pero sí constante, eficiente y seguro.

Vidas individuales hay, y aun de naciones, que parecen no poder existir sino cual tempestades de rayos-relámpagos-truenos; mas carentes de pararrayos y, más aún, de líneas de transmisión y aprovechamiento de ese megavoltaje espiritual de valentía, golpes de genio, actos heroicos... La importancia de llevar una vida normal —individual y nacional— después de haber dado ante el mundo la explosión espectacular de una gesta histórica —de historia militar, científica, política... —, define, por igual, a ciertas vidas individuales y a pueblos enteros. Explosión de heroísmo; sórdida o normal.

Los cientos de millones de voltios espirituales de tales tempestades no han hallado ni pararrayos con líneas de transmisión ni condensadores que los hagan aprovechables —legal y socialmente— ni tan sólo simples pararrayos que eviten sus rayos: el mal rayo que ha partido alma y cuerpo de España, tras cada una de esas explosiones —deslumbrantes o embobantes y/o asesinas.

Heroísmos que no dejen cual estela permanente vida normal son, a la postre y en realidad, una verdadera maldición histórica para los pueblos.

Derribar a un dictador o dictadorzuelo es, admitámoslo, acto espectacular y magnífico de un pueblo. Tempestad de rayos-relámpagos-truenos políticos. A veces, no pasa de tempestadita de cohetes, petardos y bengalas. Mas, pasada la tempestad, queda la tarea de organizar, realizar y consolidar una vida normal nueva: la democrática.

En España tras la tempestad que se llevó una quisimonarquía, con su quisirrey y sus quisimonárquicos, nos hallamos con la tarea, nada deslumbrante, de ponernos a vivir democrática y republicana. Tal vida no la aguantamos ni

seis años. Es uno más, y no fue el último, de semejantes fracasos históricos: impotencia sentida, rabiosamente ocultada, de llevar una vida normal, cual la de otros pueblos de «herejes» y de «infieles».

Hay un heroísmo de la vida normal —sea vida social, nacional, internacional... o universitaria. Heroísmo humilde, discreto —virtudes desacreditadas por los impotentes de practicarlas, potentes tan sólo, cuando más, para heroísmos de chispazo, de bengalesco exhibicionismo.

La técnica moderna ha encontrado la manera de convertir explosiones en fuerzas motoras, gobernables y aprovechables según plan para vida normal. Así un ya vulgar motor de explosión; o un no tan vulgar reactor atómico.

La técnica nos da lecciones que sociología y política no saben imitar; y que los ciudadanos no acabamos de aprender, por mucho que vayamos en auto, y seamos poseedores —los que lo fueren— del más moderno Cadillac, Mercedes Benz o Rolls Royce con el mejor motor de explosión.

Esa profunda, soterrada y desagradable conciencia de nuestra impotencia de llevar durante años, decenios y siglos una vida normal en política, hace, frecuentemente, que suspiremos, allá en el fondo, y a veces de palabra, por una dictadura. Bajo ella podremos excusarnos de no llevar vida normal o democrática porque no nos dejan, por violencia externa —de esa que, dice la moral, excusa de pecado, aunque no en este caso. Y se nos ofrecerá, bajo la férula del dictador y de sus esbirros, la oportunidad de heroísmos, de sentirnos héroes, y aun de serlo —en persecuciones, cárceles, exilios... Caigamos en cuenta de que tal heroísmo buscado, provocado, preparado por nosotros mismos no es heroísmo de primera mano, sino desesperación, hijo natural de ese complejo de inferioridad que es no saber ni querer ni poder llevar una vida política normal; la vida democrática.

Una dictadura no es una bienvenida ocasión de ser héroes; sino de pagar el pecado de no haber sabido ni querido ni podido ser ciudadanos de vida política normal: la democrática.

Y cual castigo debido tenemos que soportar, todos —justos, los menos: pecadores, los más—, las dictaduras.

El colmo de la desgracia será el de aquel pueblo en que a la dictadura no se la tenga por castigo sino por bendición de Dios. Menores desgracias serán, más siempre desgracias, la de vivir de renta de actos de espectacular e innegable heroísmo o la de practicar virtudes a palos, en cárceles y destierros, o la de mantener el orden por policías y ejércitos, tantos que amenace ser verdad lo de Montesquieu: Estados hay tan especialistas en hacer soldados que terminan por no saber hacer sino soldados —cruzados, falange teológico...

En el hondón del fondo —y ya a veces en la superficie o epifanía— no hay sino un poso amargo: impotencia, rabiosamente sentida y resentida, de llevar una vida normal, democrática, cual la que tantos pueblos de herejes, masones e infieles llevan, transformado ya —por «transformadores» espirituales, políticos...— *heroísmo* en *vida normal*.

*Fabula ista de te narratur;
Intelligenti pauca,*

decían los clásicos. Y no está mal el repetirlo cual adiós de este articulito.